

# LOS CUATRO CIEGOS

## Fredric Brown

Estaba sentado con el capitán Gurney en su oficina y estábamos matando el tiempo charlando sobre nada en particular y sobre homicidio en general. Este es el departamento de Gurney, el de homicidios. No cometiéndolos, pero sí atrapando a quienes los cometen. Es muy hábil para esto también, extraordinariamente hábil.

- Una llave - decía Gurney - es la pista menos significativa que pueda existir. Nueve de diez veces te guía hacia una falsa dirección. Sin embargo te ayuda a completar la escena. ¿Entiendes lo que quiero decir?

- Como aquellos ciegos y el elefante - dije -. ¿Conoces esa vieja historieta?

- No. ¿Me la cuentas?

- Te la contaré - dije -. Cuatro ciegos se acercaron a un elefante para tocarlo y descubrir a qué se parecía. Uno de ellos tocó la trompa y pensó que se parecía a una serpiente; el segundo tocó la cola e imaginó que el elefante era como una cuerda; el tercero colocó las manos sobre una de las patas del elefante y creyó que se parecía a un árbol; el último las colocó sobre su cuerpo y pensó que era como una pared. Durante el resto de sus vidas discutieron sobre ello.

- ¡Hum! - dijo Gurney -. Ahora que lo cuentas, creo que ya lo había oído en alguna ocasión. Pero es bueno. Tiene sal...

- Lo que tiene es agua. Mucha agua - dije -. Recuerdo que de pequeño, acarree cincuenta cubos de agua para comprar entradas de un circo. Cincuenta cubos, o si no emplearían los elefantes en vez de a mi.

Gurney ni siquiera se dignó sonreír.

- Corroboras lo que yo decía. Una llave no significa nada por sí sola; es como cada una de las partes del elefante que palparon los ciegos y...

Sonó el teléfono y Gurney lo cogió. Repitió «sí» cosa de diez veces a intervalos y luego, para cambiar, dijo «de acuerdo» y colgó el auricular.

- Hablando de circos, hay un muerto en los salones de invierno del Harbin-Wilson Shows. De un tiro. Un director de pista. Hay algunos detalles interesantes. Mutt y Jeff llevan el asunto, y fue Mutt el que llamó. Me pide que vaya.

Mientras cerraba con llave su escritorio y se ponía la americana iba hablando. Yo me puse la mía.

- ¿Quieres venir? - dije.

- Desde luego - le contesté - con lo que bajamos y nos subimos en su automóvil.

Debo aclarar que Mutt es Walter Andrews y le llaman así ya que su compañero es Jeff Kranich y Jeff es un muchacho bajito mientras que Andrews es alto por lo que les llaman Mutt y Jeff.

Ya en el coche, dijo Gurney:

- Lo mataron con un cartucho sin bala. Un cartucho sin bala del calibre treinta y dos, disparado con la pistola que él empleaba en la pista. Algunos aspectos curiosos.

- Este sólo ya es suficientemente curioso - dije.

- Apoyaron el cañón del arma contra su sien - dijo el capitán -. Tanto si el cartucho tenía la bala como si no, con el cañón apoyado en la sien del individuo, la explosión por sí sola podía matarlo.

- ¿Podría ser suicidio, capitán?

- Podría serlo - dijo Gurney -. La pistola estaba en su mano, pero también pudo ser puesta en ella posteriormente. La prueba de la parafina para comprobar si existen partículas de pólvora en su mano no nos dirá nada, pues de todas formas existirían. Era un revólver nuevo, comprado esa misma tarde, y él había ya disparado unas cuantas veces para probarlo, según dice Mutt. Luego volvió a cargarla.

- Pero Mutt no cree que sea suicidio - dije -, o de lo contrario no te hubiera llamado. ¿Por qué no lo es?

- Hay ciertos detalles interesantes. Se dispararon tres tiros. Todos ellos en el instante del crimen. Es difícil imaginar a una persona disparando dos veces al aire y la tercera apuntando a su sien. No tiene sentido.

- Pero tampoco lo tiene el que lo hiciera el asesino - dije -. ¿Cómo saben que los tres disparos se hicieron en el instante del crimen, si realmente es que ha sido crimen?

- Dos personas los oyeron - dijo Gurney -. Los tres disparos fueron hechos en un intervalo de diez segundos. Un tal Ambers los oyó desde una distancia de unos veinte metros, en la pista. Es el que cuida de las fieras. No un domador, sino el que las cuida. Estaba dormitando y los disparos lo despertaron. Un vigilante los oyó desde el piso superior, según dice, y un tercero estaba en el edificio..., un cajero que se había retrasado con su trabajo en la oficina. Dice que no oyó ningún disparo, y podría ser cierto, ya que la oficina está bastante alejada.

Gurney frenó a causa de una luz roja. Podía haber usado la sirena y continuar, pero él nunca acostumbra hacerlo a no ser que se trate de un asunto realmente urgente. Probablemente pensaba que el muerto esperaría hasta nuestra llegada.

- Continúo creyendo que tampoco tiene sentido el que el asesino disparase dos tiros de más, sin bala; aún no me has contestado - dije.

- No, no lo he hecho aún - dijo Gurney -. Y es que no sé qué contestarte. Pero Mutt dice que el suicidio está prácticamente descartado y por ello desea que yo vaya allí. No me ha dicho por qué descarta la posibilidad de un suicidio.

Paró el coche y se dirigió a un aparcamiento.

- El nombre del director de pista era Sopronowicz. Todos los que estaban por debajo de él odiaban su estampa pues era un piojoso métome en todo. Y un sádico. La clase de tipo que cualquiera puede desear matar, incluso con un cartucho descargado.

»Cualquiera de los tres hombres que estaban en el edificio puede haberlo hecho, por lo que parece. Especialmente Ambers, el que se ocupa de las fieras. Sopronowicz era cruel con los animales y Ambers está enamorado de ellos. Ambers admite que le hubiera gustado asesinarle, pero asegura que él no lo ha hecho. Y no había rastro de pólvora en sus manos.

- ¿Y qué hay de los otros?

- El vigilante se llama Carle. Es el suegro de Sopronowicz. En ello podría haber un motivo, a pesar de que Sopronowicz le consiguió el trabajo. El nombre del contable es Gold. Sopronowicz...

- Llamémosle Soppo de ahora en adelante - sugerí.

- El director de pista acostumbraba a discutir con Gold sobre la contabilidad. Tenía un pequeño tanto por ciento en los beneficios del circo, y pensaba que le estafaban en sus cuentas.

- Buen muchacho - dije.

- Todos le querían - dijo Gurney.

Salimos del coche y buscamos la entrada del edificio.

- Acostumbra a ser una pista de hielo - me dijo Gurney -. Harbin Wilson lo empleaba como salones de invierno hace ya tiempo. ¿No habías oído hablar de ellos?

- Un circo pequeño, ¿verdad? Con una sola pista y con representaciones en ciudades de poca importancia así como en ferias, por lo que yo sé. Pero volviendo al amigo Soppy, capitán...

- Ya sabes tanto de él como yo - me interrumpió Gurney -. Todo lo que yo sé es lo que me contó Mutt, y eso ya lo conoces.

La puerta estaba cerrada y golpeó en ella hasta que Jeff nos abrió.

- Hola, jefe. Hola, Fred. Vengan por aquí. Está en una habitación fuera de la pista - dijo Jeff.

Le seguimos por el vestíbulo y cruzarnos una puerta que conducía a una sala con gran altura de techo y suficientemente amplia para albergar un campo de fútbol. Se notaba que había sido proyectada para ser una pista de hielo, aunque entonces parecía más el interior de un circo. Había un espacio libre en el centro, con un anillo que lo rodeaba, y encima trapecios y otros aparatos aéreos. Las fieras estaban al fondo, por lo que el lugar olía a circo, a circo desastrado. Se veía una docena de caballos en sus establos, un sucio elefante, y una pareja de sarnosos tigres en sus jaulas.

El elefante caminó sobre el hormigón del suelo en dirección a nosotros, y un hombre arrugado, con el cabello gris, pinchó cuidadosamente su lomo con un garfio.

- Éste es Ambers - dijo Jeff -. El pequeño. El grande es un elefante.

- Gracias - contesté -. ¿Son estos todos los animales que tienen?

- Todos desempeñan algún papel. Unos pocos más, que sirven de relleno, no se les reúnen hasta que ya están en plena carretera. Dentro de un par de semanas. Allí es donde está el fiambre.

Jeff Kranich apuntaba hacia una doble puerta que conducía fuera de la pista. Ambas puertas estaban abiertas de par en par, apoyadas contra la pared. A través de ellas pudimos ver el cadáver en el suelo, de espaldas a una puerta que podía verse al fondo de la habitación.

Mutt estaba apoyado tristemente contra la pared, con los ojos fijos en el que había sido director de pista. Ni nos saludó; simplemente, comenzó a hablar.

- Es absurdo. No he tocado una sola cosa, jefe, exceptuando que le he levantado la mano y he vuelto a dejarla exactamente como estaba. Tres cartuchos disparados, de acuerdo. Y hemos interrogado a los tres únicos hombres que sabemos estaban en el edificio y sus relatos concuerdan perfectamente, exceptuando que estaban todos apartados entre si y ninguno puede ofrecer una coartada para el otro - dijo.

- Dices que no puede haber sido suicidio. ¿Tienes alguna razón para afirmarlo? - preguntó Gurney.

- Desde luego - respondió Mutt -. El hombre estaba satisfecho de la vida. Acababa de encontrar un trébol de cuatro hojas. Gold, el cajero, me ha dicho que le hablan concedido una plena participación como socio en el espectáculo

para cuando comenzara la temporada. Walker murió el pasado año y Harbin le hizo esa oferta a Sopronowicz. El espectáculo no está de malas. Él se habría embolsado treinta o cuarenta de los grandes, o más, en la próxima temporada, y ése es mucho más dinero del que había visto en toda su vida. Físicamente estaba en plena forma; precisamente acababa de pasar un examen médico para el seguro ayer por la tarde; y todos aquellos con los que he hablado coinciden en afirmar que esos últimos días estaba mucho más contento que de costumbre. Ambers dice que lo demostraba en todos sus actos; esta noche pasada, por ejemplo, la pasó de juerga junto con el domador, un tipo llamado Standish.

- No estaba en bancarrota; tenía más de doscientos pavos en su cartera. ¿Y de pronto se pega un tiro sin ninguna razón? Absurdo.

Gurney estaba examinando toda la habitación. No había muchas cosas en ella. Un gran guardarropa a un lado, cerrado y con un candado. Dos baúles cerrados y un par de sillas plegables, ambas caídas.

- ¿Las sillas estaban ya derribadas de esta manera? - preguntó Gurney. Mutt asintió.

- No he tocado nada que no volviera a colocar como estaba antes. He estado interrogando a todo el mundo, y nada. Absurdo.

- ¿Quién lo encontró? - deseó saber Gurney.

- Ambers. Pero no en seguida, Él estaba lejos de la pista, en una habitación con una litera que está cerca del otro extremo. Estaba echando una cabezadita: dice que le está permitido, ya que trabaja aquí las veinticuatro condenadas horas del día, Oyó los disparos, pero creyó que Sopronowicz estaba probando de nuevo su revólver; no prestó gran atención. Pero ya no consiguió volver a dormirse, por lo que veinte minutos más tarde aproximadamente, según cree, volvió a la pista y anduvo rondando hasta este extremo de la misma para recoger alguna cosa. Vio el cuerpo echado allí en cuanto pasó ante esta doble puerta.

- ¿Qué hay de Carle, el vigilante? - preguntó Gurney.

- Oyó los disparos desde el piso superior mientras estaba efectuando la ronda. No sospechó nada, por la misma razón que Ambers. Dice que una media hora después de oírlos, Ambers vino a encontrarle y le dijo que llamase a la policía. Eso encaja, en cuestión de tiempos. Y Gold continuaba sin saberlo hasta que nosotros llegamos aquí. Ni Carle ni Ambers pensaron en volver a la oficina para decírselo.

- ¿Y ellos qué piensan sobre todo eso?

- No piensan nada, excepto que no es suicidio. Especialmente Carle. Dice que Sopronowicz había nacido con un clavel en la espalda y que la única persona no hubiera deseado pegarle un tiro a Sopronowicz era el propio Sopronowicz. Además, todos sabían lo de su participación en el negocio y de la gran suerte que ello le representaba.

Gurney golpeó la puerta con el pulgar, la única puerta que había en la habitación aparte de la doble que estaba abierta.

- ¿Estaba cerrada esta puerta tal como lo está ahora?

- Si - dijo Mutt -. estaba desde este lado. Y es una cerradura muy segura. Apenas pude entreabrir la para ver lo que hay al otro lado. Es un pasillo. Y después volví a cerrarla.

Volví a mirarlo todo de nuevo y luego regresé a la pista. Fui donde se encontraban Ambers y las fieras. El pequeño y arrugado hombrecillo estaba cepillando un hermoso caballo blanco.

Me miró con curiosidad.

- ¿Lo han descifrado ya? - quiso saber.

- Aún no - dije.

- Bien... Espero que no lo hagan. Nunca.

- ¿Lo has descifrado tú? - le pregunté.

- ¿Yo? No, por Dios. Pero sí lo hiciera, le aseguro que no se lo contarla a nadie.

- La ley dice que debes hacerlo.

Escupió en el suelo.

- No me hable de leyes, amigo. Cuando era joven leí una vez a Blackstone, no le di mucha importancia pero si recuerdo una cosa. Se debe decir lo que se sabe, pero no es obligatorio contar lo que piensa o imagina uno. Y ahora lárguese a dar brillo a sus medallas.

No fui a dar lustre a mis medallas pero, en cambio, caminé hacia donde estaban los demás. Me crucé con Mutt cuando éste salía de la habitación del muerto. Entré y vi a Gurney apoyado contra la pared en el mismo sitio donde había estado Mutt, mirando pensativamente hacia el cadáver.

- ¿Te importaría que colocase de pie una de esas sillas? - le pregunté

- Adelante - dijo Gurney. Enderecé una de las sillas y me senté en ella.

- ¿Tienes alguna idea? - le pregunté.

- Sí - me contestó.

Le pregunté cuál, pero no obtuve contestación. Por lo tanto, intenté hacerme una idea del asunto yo mismo, pero fracasé.

En este momento entró Mutt, con una sonrisita en su cara e hizo un gesto con la cabeza hacia Gurney.

Éste le dijo:

- Bien. Entonces podéis esfumaros, tú y Jeff. - Se volvió hacia mi y dijo - Vámonos, Fred.

- ¿Lo descubriste? - le pregunté.

- Si. Ven; vamos a tomar una cerveza y te lo explicaré.

Pero no lo hizo inmediatamente incluso después de habernos servido las cervezas.

Brindé:

- Para los asesinatos - y tomamos un trago. Luego dijo -: Tú lo resolviste, ya sabes. Esa historia de los cuatro ciegos.

- De acuerdo - le dije -, así que quieres dártelas de humilde por un rato. Tendré, pues, que ayudarte. He aquí lo que he descubierto.., o lo que no he descubierto. No creo que fuera suicidio ya que no había ninguna razón para ello y, en cambio, un montón en contra. Por lo tanto, tiene que haber un asesino y éste entró por la puerta abierta ya que la del corredor estaba perfectamente cerrada desde el interior. ¿Quieres que te cuente ahora lo de los cuatro ciegos?

- Adelante.

- Ambas sillas estaban volcadas, de lo que se deduce que hubo una pelea - dije -. Pero me he dado cuenta, como tú, de que su cabello no estaba revuelto, excepto sobre la sien, debido a la explosión. Y su camisa no estaba arrugada ni

su engomado mostacho en desorden. Por lo tanto, dijo el segundo ciego, no hubo lucha.

Tomé otro sorbo de cerveza.

- El asesino - dije -, es inteligente, puesto que no hubo pelea y consiguió que Sopyy sostuviera el arma con el cañón apoyado sobre la sien. Debió ser por medio de engaños, a menos que Sopyy estuviera dormido. Pero el asesino no demostró mucha inteligencia, o de lo contrario no hubiese enredado el ovillo disparando dos veces más. De esta forma descartaba la hipótesis del suicidio a pesar de que no existieran motivos para el mismo. Y sin embargo, dijo el cuarto ciego, intentó que pareciese un suicidio al colocar el arma en la mano de Sopyy. Como dijo el quinto ciego, ese que se llama Mutt, es absurdo.

- Tu error está en lo de los ciegos - dijo Gurney -. Has tomado la historia por el lado equivocado. Has olvidado precisamente lo más importante de la historieta que me contaste.

- ¿Si? - dije -. ¿Y qué es lo más importante?

- Pues que en ella también aparecía un elefante - dijo Gurney.

Bebió un largo trago de su cerveza y colocó el vaso ya vacío sobre la mesa. Hizo una señal al camarero y luego dijo:

- Lo que ocurrió es muy sencillo. El elefante no estaba atado; ya pudiste verlo. Erraba por la pista hasta que llegó donde Sopronowicz había ido, por cualquier razón que no hace al caso. Le vio, y por allí no estaban ni Ambers ni el domador, y se acordé del trato cruel que siempre había sufrido a manos de Sopronowicz. Y Sopronowicz no tenía un garfio. Empezó a cruzar la doble puerta para alcanzarlo y lo que luego ocurrió fue sólo cuestión de segundos. El director de pista vio como se le acercaba la muerte por la puerta de la pista e hizo lo mejor que se le ocurrió. Disparó un cartucho sin bala contra la cara del animal para asustarlo, pero el elefante continuó acercándose. Uno de los dos golpeó las sillas; probablemente el elefante, ya que estaban precisamente al lado de la puerta. Sopronowicz hizo otro disparo, posiblemente cuando llegó a la puerta posterior que era de marco sencillo y que el elefante no habría podido cruzar. Pero estaba cerrada con candado y aunque hubiese podido abrirla no lo hubiera conseguido antes de que la fiera le alcanzase. Y... bien, no es agradable, imagino, el ser muerto por un elefante. Acabas con todos los huesos rotos y quizás con un brusco golpe de colmillo entre los intestinos; viviendo aún treinta segundos o quizás tres minutos, aunque han de ser unos pésimos treinta segundos o tres minutos. En el último segundo, él mismo se libró de todo eso. Probablemente la trompa del elefante comenzaba ya a enrollarse a su alrededor cuando apoyó el cañón sobre su sien y apretó el gatillo. Cayó muerto y sin duda el elefante lo olfatearía con el extremo de la trompa y viendo, oliendo, o dándose cuenta de cualquier otra forma, de que el hombre estaba muerto lo dejó caer en el suelo sin más. Y luego volvió sobre sus pasos, tan tranquilo.

- Podría ser - dije -. Tiene sentido, pero...

- Pero nada - me replicó Gurney -. Mientras tú estabas charlando con Ambers recordé tu historieta sobre el elefante y hallé la respuesta. Así que envié a Mutt a que comprobase con un poco de parafina si existían señales de pólvora en el rostro del elefante y en su trompa, Cuando regresó y me afirmó que efectivamente las había, todo quedó claro. Así pues, gracias por la historieta.

Terminé mi cerveza y pedí otra ronda para los dos.

- No acabaste de captar el quid de la historieta, a pesar de todo - le dije -. Ésta estriba en las distintas opiniones que cada ciego se formó, al tocar todos ellos distintas partes del paquidermo. El hecho de que fuera un elefante no era lo más importante de la historieta maldita sea.

- Da lo mismo, era un elefante. - dijo Gurney.

- Absurdo - contesté.

Y bebimos nuestras cervezas.

**FIN**

Enviado por Paul Atreides